Emma de Cartosio

Teresa Wilms Montt

HAY seres que encarnan la aventura, predestinados a la indiferencia o maledicencia pueblerinas, a la admiración ciudadana y al amante recuerdo de unos pocos extranjeros, nativos del brumoso y a la vez diáfano país de la Poesía.

Hay seres de cuentos que se equivocan de libro y nacen en el sórdido de la tierra, con su varita mágica, su irse y retornar intempestivos, su halo y su abismo, predestinados al leer o el relatar. Al darles carne y alma humanas, la naturaleza es cruel para con ellos y pródiga para con los que rumiamos un constante desasosiego y preguntas sin posibles respuestas.

Uno de estos seres fué Teresa Wilms Montt. Nació en Viña del Mar el 8 de septiembre de 1893. Hermosa de cuerpo y de alma, esta Venus chilena surgió del mar para escándalo de sus conterráneos y regocijo de los dioses. Traía en sus ojos ese azul-verde llorado del agua salobre y en el áureo cabello, escamas de peces inverosímiles. Traía un marino hambre de amor que la tierra no podía, no puede, jamás podrá satisfacer. Hambre de amor y dádiva de amor. Fué una niña con cuerpo de balandrero mástil y alma del reloj que rige lo que no dura, lo que no sucede en la Vida. Sus horas y sus pasos adolescentes rebasaron el

Atenea Nº 300 (Concepción)
Junio 1950

tic-tac familiar y la baldosa hogareña. Se casó muy joven y tuvo dos hijas. Pero era del mar; a su sed la había crecido la sal de aquel vientre materno y la rodeante Vida, incapaz de elevarse hasta su bella desmesura, la apretujó entre sus sucios dedos y con las tijeras de la incomprensión, de la difamación, cortó las alas a esta paloma mensajera. Pero el mensaje debía llegar a destino y la paloma emigró hacia tierras que creía más allá de palabras condenatorias, de normas verdugas y de cielos de cárcel.

Sus escritos son quejas, no a la Vida, sino a las circunstancias y hechos de su propia vida. Por ello, su obra es un aborto artístico. Y este místico soliloquio de una apasionada solloza en las páginas del diario que con el título de: «Lo que no se ha dicho...», apareció por primera vez en Buenos Aires, en 1917. En él, ya chisporrotea, ya ceniza la Vida, pero siempre en la común hoguera de la Angustia, el Dolor, el Amor y la Muerte. En un septiembre londinense escribe:

IV

«Londres, sept. 191...

«A un costado de mi cama, en la pared, hay tres manchas de tinta. La primera repartida en puntitos parece una estrella doble, la segunda se abre más abajo; en minúscula mano de ébano, la última perfectamente recortada tomó la forma de un as de piqué.

Resbalo sobre ellas mis dedos, con sensibilidad de nervio visual, y siento que esas tres manchas están de relieve dentro de mi cerebro como obstáculo para el fácil rodar de las ideas.

Hay tres, digo, tratando de sí atraerse; tres, digo mirando al techo: el amor, el dolor y la muerte.

Sin saber por qué paréceme que he pronunciado algo grave, algo que recogió en su bolsa sin fondo la fatalidad.

Aunque borre las manchas de la pared, estos tres puntos negros quedarán estampados dentro de mi cerebro.

En la efervescencia de la sangre que bulle, cuando la sorba la Absurda, harán remolino vertiginosamente las tres, en la copa pulida del cráneo.

Un temblor nervioso tira hacia abajo la comisura de mis labios.

Cada vez más espesa la pintura de la noche embadurna los cuadros de la ventana».

Angustia irredenta e insalvable. Dolor ingénito y crecido. Amor a lo imposible como el entregado a Anuarí, aquel hombre que se suicidó en presencia de Teresa desesperado por las reiteradas negativas a su amor y al que después de muerto, ella llama, añora, persigue por insomnios y páginas, por noches y ciudades, por sueños y esquinas. Así dice:

FRAGMENTO I

«Las horas caen como goteras de plomo en un páramo; se van a tu encuentro y yo me quedo; me quedo sombría, taciturna, envuelta en negro hastío, como en una malla de hierro.

Dos meses hoy, criatura mía, que bajaste a una caverna de piedra, llevándote en el corazón paralizado hasta mi deseo de llorar.

¡Ya dos meses! Sin morir vi como entraban tu ataúd por la puerta del cementerio; por esa puerta con fauces de chacal, que no se abre jamás para las almas que la atraviesan dormidas.

En estos dos meses no has tenido otras caricias que aquellas tan leves y tímidas de mis flores, mis pobres flores, que son la única prueba de amor, la ofrenda santa que temblorosa de pena, mi alma deposita sobre tu cadáver.

Dos meses. Mis manos pordioseras de caricias tratan de arrancar de tu ataúd una ternura; pero la madera, avara del

tesoro que encierra, se hace rígida como un ser que no ha sufrido.

¡Nada, Anuarí mío! Sólo llegan al fondo de tu foso, muy apagadamente, como de una jauría lejana, los ruidos del mundo, el confuso vaivén de los hombres, de esas sombras movibles que no saben de dónde vienen ni para dónde van, porque tienen miedo de averiguarlo.

Dos meses hoy que te fuiste. El reloj palpita; su tic-tac pisotea mi cerebro, destruyendo mis pensamientos, con sus pasos lúgubres hacia la mentirosa Eternidad.

Dos meses y ya no sufro de tanto sufrir».

* * *

Pero para amar así a un hombre, o sea a algo terreno, humano, necesitó que estuviera muerto; y muerto de una muerte de la que ella misma fué causa y testigo.

Su canto a Anuarí es, pues, un canto a la nostalgia de algo que no fué y que naturalmente, por ser sombra de sueño es doblemente añorado. Anuarí es la Realidad que Teresa amó; realidad que no dura, que no ocupa.

Su místico sentido del Amor y del Dolor humanos, se le adelantó siempre en su camino; y cuando ella pretendía palpar, no había cosa o ser hecho para su tacto; y cuando se obstinó en asir, nada ni nadie tenían la forma que exigían sus manos; y cuando se resignó a recordar el pasado, como Pierrot sólo tuvo a la luna de testigo y a la Angustia de amante. Oigámosla:

FRAGMENTO II

«Se mueven las cortinas y tiembla la luz. Con toda intensidad pregunto a la noche si eres tú el que anima esas cosas.

Anuarí.

De espaldas sobre mi cama, sólo el furioso golpear de mi corazón dentro del pecho.

Todo lo que me rodea está empapado de misterio. Los muebles hablan entre sí de trágicos secretos; las puertas se quejan de sus umbrales siempre enigmáticos, a la espera de alguien que nunca llega; y en la lámpara me parece adivinar una muda desesperación.

Los retratos me miran con una desgarrada expresión de pena. ¡Anuarí, Anuarí! Yo sé que mi grito se pierde sin eco en el impiadoso abismo de la nada, pero para no sucumbir no puedo dejar de llamarte, aferrada a una ilusión que no existe».

* * *

Fué muy odiada por aquellos que, en nombre de Cristo, apuñalan a Cristo. Nadie le dijo la palabra buena; muchos, la lapidante. Su búsqueda merecía el encuentro del milagro, y se le abofeteó con la negativa. Umbrales y ventanas se hermetizaron para ella, como epitafios indignos de su tránsito. Ella... Teresa de la Cruz, como firmó muchos de sus escritos; ella, la nueva Magdalena que no pudo hallar al Jesús de su brindis, para enjugarle los divinos pies con llanto y pecados. Y a El le ofrece este brindis:

«Madrid, diciembre 24, 191... 4,30 A. M.

«Con desgarbo levanto mi copa frente al cielo opaco.

Bienvenido Jesús, bello amado de tantas.

Brindo por tus ojos divinos, por tu amor. Magdalena de este siglo, enjugo tus aromados pies con la ropa de mis pecados empapadas de champaña».

* * *

Amó y amó. Como mujer, como madre, como pecadora como malherida, como predestinada.

Madrid, Londres, Liverpool, París, o sea ruta de ciudades que confundiera con la celeste de su íntimo planisferio; ruta terrestre que prescinde de la brújula porque para ella el Norte, la Gran Respuesta, es un útil, arbitrario cardinal y no una meta.

Teresa se prodigó como todo lo que es naturalmente pleno. Así se multientregan las semillas, los cardúmenes, las constelaciones, los niños, la muerte. La Muerte, feudal pórtico hacia la Nada o el Todo, al que ella llamó una Navidad. Veronal y agonía en París, 1921.

Eligió para partir de la tierra un día diferente a los comunes; día en el que los niños esperan y los adultos, distraídos de su presente, sonríen al ayer. Navidad; el levadizo, el más corto puente que nos une al feudo de la Nada o del Todo porque en el día de los villancicos y pesebres, hasta la Muerte es una tierna desconocida que nos persuade.

Veintiocho años de tránsito y una eternidad de estada. Veintiocho años, una fuerte dosis de veronal y más fuerte de humano cansancio cósmico.

Así lo solloza:

«Madrid.

«¡Me muero! Al decirlo no experimento emoción alguna, por el contrario, me inclino curiosamente a contemplar el hecho como si se tratase de un desconocido.

Si tuviera la capacidad de estudiar el fenómeno, podría asegurar que es mi conciencia la que ha desaparecido debilitando mis sensaciones corporales, hasta hacerle creer que el cuerpo sólo vive por recuerdos.

No hay médico en el mundo que diagnostique mi mal; histeria, dicen unos; otros, hiperestesia. Palabras, palabras, ellas abundan en la ciencia.

Al escribir estas páginas una fuerza sobrenatural me ordena que imprima en ellas un nombre. ¡No, no lo diré, me da miedo!

Cuando aparece este nombre en mi círculo nebuloso, se le-

vantan mis manos con lentitud profética y fulguran bajo la noche con estremecimientos sagrados. ¡Me muero estando ya muerta o será mi vida muerte eterna?».

Y en 1921 en París, dice:

«Fin.

«Me siento mal físicamente. Nunca he tributado a mi cuerpo el honor de tomar su vida en serio, por consiguiente no he de lamentar el que ella me abandone.

Vida, sonriendo de tu tristeza me duermo y de tus celos de madre adoptiva. En tus ojos profundos ha rebrillado inconfundible la iniciación de mi ser astral.

Sólo una vez más se filtrará mi espíritu por tus alambiques de arcilla.

Vida, fuiste regia, en el rudo hueco de tu seno me abrigaste y como a él, tempestades me diste y belleza.

Nada tengo, nada dejo, nada pido. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había.

Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido».

Una humana intolerancia al dolor, mejor dicho, una desmesurada sensibilidad para el dolor, la hurtó de su órbita sidérea que aun debe aguardar el vértigo de aquella su luz. Su pobre órbita a la que abandonó para inscribirse en la Otra, en la de la Absurda.

Y lo confiesa:

«Espejo»

«¡Espejo! ¿Por qué me reflejas joven? ¿Por qué esa burla arlequinesca? Tú ves como desfilan por mis ojos mis vejeces y cansancios; ves como mi alma atormentada sólo aspira a dormir soñando.

Espejo, tu eres mi hermano gemelo y conoces mejor que Dios mi vida.

Sabes que claras purezas arrullaron mi juventud; sabes el entusiasmo de pájaro que tuve por todo lo bello; sabes mi trágica devoción a las leyendas de príncipes encantados... Sabes que una música melodiosa y un canto me hacían sollozar, y que una palabra de afecto me hacía esclava de otra alma y sabes, también que todo lo que soñé tuvo una realidad desgarradora.

He salido herida de la dura prueba, sangrando, porque he dejado tras de mí pedazos de mi ser.

Tú sabes, espejo irónico, que mi vida no es más que una larga agonía con el raro cortejo de risas carnavalescas.

Acuérdate que el repiqueteo de campanillas no sólo anuncia fiestas; tras él suele venir también el carro de los leprosos».

Teresa: trompo con preguntas de arcoiris y postrera respuesta blanca.

Hay que hablar de Teresa Wilms Montt; leer sus palabras a la gente y al silencio porque ellas no acercan al Misterio, a la realidad que en la niñez, ríe y teme; en la adolescencia, espera; en la adultez, solloza. Fué la ciega lazarilla en el país del Amor, en su búsqueda rodó por piezas de hotel y de amantes, por inviernos y estíos. Oigámosla:

«Llueve»...

«Llueve...

Las gotas de agua cantan en las canaletas del zinc.

La luz de mi lámpara se ha hecho más íntima;

Los retratos miran con aire confidencial y el ronrón del gato tiene suavidades de violín con sordina.

Mi corazón espera. Le tengo engañado haciéndole creer que esta noche vendrá un ser querido.

¡Pobre corazón que aguarda ilusionado! ¿Acaso no es la vida un eterno esperar de algo que nunca llega?...

Llueve...

Hay en mi alcoba un perfume de flores marchitas, olor a recuerdo, tristezas de amores idos.

Mi corazón espera...

Llueve...».

¿Qué hombre podía planear la espera de este exigente corazón? No ha nacido, no nace el ser de carne y alma aguardado por tal apasionada. Buscó entre los humanos al ser síntesis del animal, la piedra y el vegetal. Ella no era esa síntesis y todo lo que tocaba, volvíase Vida. Así dice:

«Sombras furtivas...

Sombras furtivas que entran por las cerradas persianas, han decorado mi techo con el capricho de un artista.

Es una ciudad pigmea que tiene por único habitante a una frágil araña con patas de alfiler.

El humo de los palillos de sándalo que arden en un rincón, finge formas de esbeltas bailarinas que se alargan azuladas hasta cortarse como elásticos. Una máscara china muere de risa contra el ropero.

Cuchichean los retratos espantados de tan inmotivada hilaridad, cuidando de no ser oídos por el sombrero que se retuerce sobre el sillón como cabeza recién cortada.

Bostezan los cajones de la cómoda, mostrando la blancura de las camisas y sacando la lengua rosa de las cintas, mientras la perilla del lecho sostiene bronceada polémica con un par de zapatos que protestan indignados de la ebriedad de sus tacos.

Un guante hace extrañas musarañas contra la pared; tienen el mismo crispamiento de los agonizantes sobre las mortuorias sábanas.

La ciudad de mi techo se ha oscurecido y la temblorosa araña ha ido a esconderse entre sus hilos que cuelgan como hamaca de una a otra cornisa.

Todos los héroes de novela que vagaban confundidos por la sombra, han vuelto a los estantes buscando las páginas de sus libros, como vuelven las ánimas al cementerio cuando apunta el día.

En la cabeza de la Nada se ha suicidado una idea».

¿Qué otra voz se afanó como Teresa en comprender y traducir el lenguaje de las cosas y en perseguir las leyes que las relacionan? Recordemos la Voz de Rilke rogando: «Oh, decir de tal modo como las cosas mismas, íntimamente, nunca creían ser...»

Su pancosmismo le hacía captar la presencia del infinito en el temblor de la cosa más insignificante. Para ella, partícipe y síntesis de los tres reinos, la Vida fué como el Dolor: avasallante, inexorable, inexpugnable. Y confiesa:

«Estoy ebria de infinito, de dolor y de muerte; ávida de ilimitados espacios...

Allá, en el caos de las grandezas, quisiera vagar mi espíritu, sin hallar ni buscar explicaciones; quisiera saciarme de sublimidad, como se saciaría de sangre la fiera hambrienta.

¡Vida!... ¡Vida!... Si fuera tan potente mi espíritu para dominarte y hacerte esclava de mi voluntad.

¡Oh corazón!... Si te pudiera guardar dentro de mi pecho sólo como una máquina necesaria para el organismo...! Otoño 1917».

El agobio de tanta belleza vital, de tanta Vida inaprehensible y anhelada, la empujó a la Muerte como a un niño enamorado de su juguete, el apasionado hurgar en sus resortes, lo lleva a destrozarlo. En Londres escribe:

«Sólo en una actitud puedo descansar de la ardua tarea de vivir, tenderme en la cama los días y los días, pensar con la nuca apoyada en los brazos. Escarbar en mi cerebro con la tenacidad de un loco buscando fondo al insondable abismo en el cual estoy dando vueltas desorientada.

¿Oh más allá, existes?

¿Teosofía, filosofía, ciencia, qué hay de verdad en tus teorías?

Morir después de haber sentido todo y no ser nada.

Me dan ganas de reír y río con la frialdad de los polos.

¡Ah vida, no ser, no ser...!»

Y en su hotel de París, para la Navidad de 1921, citó a la Muerte. Desde tiempo atrás fingía, ante el mundo, serenidad y alegría para evitar la piedad de la gente que la miraba vivir tan hermosa, tan errante, tan ávida, como los parsimoniosos vegetales deben admirar el canto y revoloteo de los pájaros.

Y nos dice:

«Caen mis cabellos...»

«Caen mis cabellos y las primeras tristezas del ocaso ensombrecen mis ojeras.

Las desdichas de la vida han puesto sobre mi frente su sello fatal.

No es ya mi boca la que alegre reía; hoy finje reír y su mueca miserable parece presagio de horror.

Nada tengo; ¡nada!

Pobre resto náufrago, pobre harapo de seda que fué brillante; pobre luz que parpadea como el agonizante.

Como las bailarinas viejas arrastran en su casa los restos de sus esplendorosos vestidos de escena, así arrastro yo mi vida, insolente en su ridículo fastuo de irónicas risas, de afiebradas alegrías, de envenenados triunfos.

Y vivo porque es cobardía morir; y oculto mis llantos porque el siglo no comprende esos sentimentalismos histéricos.

Así dicen que la leyenda del payaso sólo existe en la imaginación. Cuando oigo eso, entonces sí que río como se podría reír el muerto en el fondo de la tierra: el muerto a quien le aseguran que está vivo».

Profesó un gran amor a sus hijas que dos veces a la semana llegaban hasta su hotel, en París. Partían cargadas de regalos y caricias de su madre, que entre humo de cigarrillos y cenizas de sueños, prolongaba su terrena estada. Pero ya la Vida era para Teresa una representación de títeres que alguna vez amara. Hilos y pintarrajeados rostros. Ademanes y gestos repetidos. Escenas y finales previstos. Y como fin de espectáculo, la cruel ver-

dad: estopa, carmín, hilos y el titiritero desarmando, apresuradamente, el teatrillo.

Los títeres hablan, en escena, del más allá, pero al interrogarlos entre bambalinas, callan y si se los sacude contestan con aserrín. Y el titiritero no recuerda ni el nombre del autor de los libretos.

Y entonces pensó en llamar a la Muerte. Ella, la Absurda como la nombraba, tal vez sabría... Tal vez la Muerte le revelara la Gran Respuesta.

Veronal y agonía en París. Un libro publicado y otros escritos en espera de quien los reclame, allá en Chile, en manos de sus hijas.

Debajo de la obra de Teresa Wilms Montt, como en un palimpsesto, perduran las señales humanas de la mujer que la creó. Es difícil leer la nueva escritura de este pergamino antiguo, prescindiendo de la primera o sea de la carne y del alma de Teresa.

Que otros estudien su estilo y enhebren sus imágenes. Yo sólo he querido haceros escuchar su humana y bella congoja, himno sacro elevado a un Dios que quizá no sea el vuestro; pero si alguien así le canta, así le añora, así le sufre. El ya existe para nosotros. Para nosotros que al decir de Jean Peter Jacobsen: ...«formamos la sociedad secreta de los melancólicos que buscan en el árbol de la vida flores que los otros no sospechan».

Si existe un más allá Teresa de la Cruz ha de compartirlo, no con Teresa de Jesús, sino con aquella otra gran apasionada: María Grubbe.

Que no por nacer María en la intimidad de un poeta, amó y sufrió humanamente menos que Teresa, verbo encarnado por cruel error o impía burla de la naturaleza.

A su eterna imagen la circunda, no el mineral nimbo de los santos, ni la lauréola de los héroes, sino el luminoso temblor que corona a un leño ardiendo.

Si mis palabras han logrado comunicar a vosotros la sensación de tocar a un ser-llama o sea a la zona de cobmbustión de lo fugaz con lo eterno, he cumplido con Teresa Wilms Montt y con la Poesía.